

MODIFICACION DE LAS COSTUMBRES EN EL CAMPO, POR INFLUENCIA DE LA INMIGRACION EN EL SIGLO XIX

I) TIRO AL BLANCO Y MUSICA

No poseemos para considerar las costumbres, deportes, etc., de los inmigrantes, una bibliografía explícita. La que existe con referencias al criollo campesino, cuenta con libros fundamentales como el de los Robertson, Heard, Mac Cann y numerosos escritores nacionales. Con respecto a los inmigrantes, el vacío es casi total. Explicaría esta ausencia de testimonios la inestabilidad y la heterogeneidad de costumbres introducidas en ese medio trastornado por la masa inmigrada, situación bastante confusa y que no interesaba especialmente a los visitantes de colonias, que iban por lo general con fines de inspección o para redactar artículos destinados a la propaganda en Europa; informes o artículos que se circunscribían a aspectos materiales de la colonización, y a las ventajas que el país ofrecía a los inmigrantes, con el fin de desviar en parte hacia estas tierras a los que se dirigían o tenían el propósito de dirigirse al Brasil o los EE. UU.

Sabemos por Peyret ⁽¹⁾ y por tradición, que los colonos eran buenos tiradores con escopeta o carabina y pareciera que la afición por la caza fué de los primeros entretenimientos. Peyret dice, después de aludir a la abundancia de aves y animales silvestres, que los colonos tenían cómo divertirse y aña-

⁽¹⁾ "Las colonias de la República Argentina", Ed. 1889. Tomo I. Págs. 10 y 11.

dir manjares suculentos a la ración de carne que se les distribuía. Las boleadoras es posible que hayan sido utilizadas años después, pero no para la caza como uso general, ni con la destreza con que hieieron famosos los criollos en las tareas ganaderas y también en la guerra.

El arma de fuego se generalizó en el campo, y las de largo alcance, que hasta entonces eran utilizadas excepcionalmente por los civiles, no faltaban en los ranchos de colonos. Claro está que su introducción obedeció a la prevención con que vinieron muchos inmigrantes, que suponían en nuestro país un estado de civilización muy inferior al que realmente existía y en muchos casos creyeron que, como en los EE. UU., debían "conquistar" el desierto, arrebatándolo de manos del salvaje. Esta creencia se trasluce en relatos que por tradición se mantienen en ciertas regiones, a tal punto que dió materia para magnificar el peligro en zonas donde el indio no fué un elemento agresivo. Pero el deporte más trascendente, y que llegó hasta nuestros días en forma organizada, pasando a ser una actividad nacional reglamentada y controlada por el ejército, es el tiro al blanco, verdadera pasión que incorporaron como tal a la vida del país los inmigrantes suizos.

Al año de haber llegado a Santa Fe, en la colonia San Carlos, los inmigrante fundaron la primera sociedad de tiro. El 29 de abril de 1860, Enrique Vollenveider anotó en el libro diario de la colonia: "Domingo. Se constituye la sociedad de tiro formada por 25 miembros". En 1863 Beck informaba sobre esta actividad dando referencias que ponen en claro hasta qué punto se extendió ese deporte. "La sociedad de tiro siempre existe, y han aumentado sus asociados que regalaron una bandera donada por Fritz Goeschy". La bandera fué entregada en el mes de marzo, cuando se realizó un concurso libre de tiro, en el que participaron muchos colonos de Esperanza, lo que dió motivo a una alegre fiesta.

No tenemos noticias de que una actividad deportiva haya sido organizada en el campo argentino antes que ésta y

como los suizos tenían conceptos estrictos sobre reglamentación —probados en todas las transacciones y convenios que se registran en archivos— la sociedad de tiro debió contar con estatutos precisos. Y esto, que en su época sólo tuvo importancia para los asociados, al considerar que sociedades similares se fundaron en gran parte del territorio argentino antes de 1870 —la de Esperanza, Helvecia, San Jerónimo, etc.— hoy podemos valorar su influencia en el espíritu del pueblo, unida a organizaciones colectivas como las sociedades de canto. Se introdujo así otro factor importante entre la población campesina para que fueran limitándose las asociaciones de hecho, momentáneas, ocasionales, en los deportes, por otras que gravitaron en el espíritu de los hombres acercándolos a conceptos de organización que tanto necesitábase en una sociedad donde el espíritu arbitrario era también una causa de resistencia o de indiferencia popular por los términos de las leyes civiles y políticas.

Durante la administración de Oroño los concursos de tiro al blanco alcanzaban contornos de fiestas regionales, en las que intervenían las bandas de música integradas por los mismos colonos (2). La música y el canto coral fué otra manifestación de cultura fundamentalmente distinta de la que existiera hasta entonces en el campo argentino. Como no se trata aquí de investigar la influencia que la música de otros países haya dejado en la nuestra, sino de puntualizar hechos que orienten hacia una explicación ulterior del espíritu del hombre argentino, sólo señalaremos los que de alguna manera contribuyan a crear el conocimiento de lo que ocurría después de mediados el siglo XIX en ese sector numeroso que estaba compuesto casi en su totalidad por hombres inmigrados.

En 1847, William Mac Cann oyó cantar, en la pampa bonaerense, cerca del río Samborombón, a un carpintero escocés, un himno de Wesley, y sin duda fueron muchos los escoceses e ingleses que mantenían en territorio argentino la

(2) GUILLERMO WILKEN, "Las Colonias", 1873, Pág. 308.

tradición de sus países, expresada en el canto y aunque ello no alcanzase a determinar una situación colectiva de fundamental gravitación, el hecho, de por sí, era extraño tanto por los asuntos que se cantaban como por la melodía en regiones donde simultáneamente el criollo creaba en su propio estilo, en su expresión propia.

Martín Fierro dice:

*Allí un gringo con un órgano
y una mona que bailaba
haciéndonos rair estaba,*

En pleno dominio del gaucho, en la pampa y en la misma pulpería donde otras veces o en esa misma ocasión algún criollo sostuviera payadas de contrapunto o donde improvisara música autóctona, un inmigrante entretenía con su órgano. Es un hecho sintomático. No había en Argentina una sola fábrica de instrumentos musicales capaz de construir un órgano o un organito, que a eso se refiere Martín Fierro. De modo que el aparato, fabricado en Europa, reproducía los cantos populares en países de aquel continente. Esas canciones y esa música se introducían de rondón en la pampa y por poco que hayan influido en el espíritu de la gente, no habrá sido tan efímera como para no ser recordada —aún en contra del gusto— por quienes pasaban horas de esparcimiento con ella. Cuando comprobamos esa introducción de música foránea en la pampa, algo de impuro —si cabe la expresión— se nos antoja que ya iba enturbiando la fuente vernácula a través del espíritu de la gente. Las mismas canciones que los organilleros italianos llevaban al campo fueron las que aun muchos años después se cantaban en los pueblos, en coros ocasionales, en reuniones de fonda, de boliches o en fiestas colectivas, y se generalizaron lo suficiente como para que no existiera casi argentino que en alguna oportunidad no las haya cantado en las regiones del litoral. Ello denunciaba la presencia incontrovertible de fuertes corrientes culturales dis-

tintas de las aborígenes. No hace mucho un presidente argentino recordó en Esperanza a los colonos, una canción alemana que él oía cantar a los muchachos en los cuarteles, y podemos afirmar que ninguno de esos miles de concriptos procedentes de las colonias, conocía una vidala, un cielito, un estilo o un gato... Y tal certeza no puede echarse en saco roto, puesto que, a poco que se investigara, se comprobaría que no tratamos sólo las excepciones. El 1 de enero de 1861 en el citado libro diario de la colonia San Carlos, Vollenweider anotó: "Celebración de año nuevo. Música, cantos y bailes y fiesta de la cosecha". Hacía apenas dos años que se había fundado la colonia y contando las que la rodeaban, que eran de inmigrantes que procedían de los mismos países, superaban la cifra de tres mil personas gravitando en toda la región. No se tiene noticias sobre qué música ejecutarían, ni qué bailaban, pero es lógico suponer que a tan escaso tiempo de la llegada a este país, música, cantos y bailes, no podían ser otros que los que conocían de Europa y así, en medio de la llanura, rodeados de población criolla en su ambiente típico, los colonos trasplantaban su cultura y con ella sus modalidades que fueron un factor de resistencia más o menos persistente, según las zonas, a la absorción del medio.

En 1863, Carlos Beck decía en su informe ya citado: "La sociedad de canto fué interrumpida en sus actividades por la salida de nuestro herrero Schneider, único tenor, y no revivirá hasta que se encuentre su reemplazante".

De aquí se deduce, que existía ya entonces una sociedad destinada a cultivar el canto, y por la composición del coro sin lugar a ninguna duda vocalizaban música europea, ya que aun ni siquiera dominaban los colonos el idioma castellano. Por lo demás, el hecho de que un herrero fuera el tenor, demuestra el carácter popular de la composición del coro. Esta forma de cultura musical era completamente desconocida hasta entonces en el campo, y cuando se comprueba que en otras

colonias también existían conjuntos corales (3) puede imaginarse hasta qué punto la presencia de este elemento de cultura divergía de lo que era tradicional en esa materia y cómo constituía un factor de sociabilidad que estaría destinado a orientar el espíritu popular hacia valores nuevos, acrecentados cuando se desarrolló el urbanismo y lograron mayor regularidad las actividades de ese tipo de sociedades, cuya decadencia en las colonias se inició hace apenas unas décadas, después de haber representado una de las atracciones principales en los pueblos que se originaron en la acción de las colonias agrícolas, centros donde no se conocieron en su vigor floreciente las canciones ni los bailes criollos, sino que tuvieron contacto con ellos cuando el destino de lo autóctono fué materia de preocupación de organismos oficiales y muy esporádicamente de hombres especializados o improvisadores que llegaban con su "amor a lo nuestro" hasta el campo colonizado por europeos.

La fuerte influencia del espíritu tradicional europeo de los inmigrantes, ha llegado a su ocaso, pero el hombre campesino que hoy está en contacto con lo que es expresión de esta tierra, se integra espiritualmente con elementos que derivan hacia una cultura distinta de la que, por tradición, nos viene del criollo del siglo XIX. No obstante, asimila, en su esencia, lo que posee caracteres más típicos.

Con respecto a la música nativa, la siente, y con intensidad, pero como si le viniera no del conjunto de circunstancias que condicionan su vida, sino de afuera y del pasado. Las colonias agrícolas desintegraron elementos de cultura que paulatinamente fueron recompuestos en parte, logrando una armonía de conjunto distinta de aquella indo-española que nos caracterizó en el siglo pasado.

(3) TOMÁS HUTCHINSON, "Buenos Aires y otras provincias argentinas". Traducción de Luis Varela. Ediciones Huarpes S. A., Pág. 163.

II) LA DECADENCIA DEL CHIRIPA

Sarmiento, que concedió tanto a las formas en cuanto a eficacia en el proceso de nuestra "civilización", pudo haber escrito páginas muy significativas sobre la modificación del ambiente campesino en relación a la vestimenta. Si las levitas de los unitarios fueron para él índice exterior de la cultura ciudadana, los sacos de paño resistente y los sombreros, de alas anchas que los emigrantes trajeron y usaron en nuestras pampas, pudieron significar que se cumplía la esperanza puesta en la inmigración europea como procedimiento para elevar nuestra cultura...

El chiripá, indumentaria de exigencia pastoril, había entrado en el período de su decadencia cuando William Mac Cann recorría las provincias argentinas en 1847. "Ya el vestido a la europea se generaliza mucho, y cuando se le ve en el campo, llevado por un criollo, es señal de que en la comarca se va operando algún cambio en la manera de ser general. A ningún extranjero que se respete se le habrá ocurrido adoptar el indumento nacional y, por cierto, que ello no halagaría a las clases cultas: todo lo contrario" (4).

No podía ser de otra manera. El cambio en el vestido estaba en relación íntima con las mudanzas de orden general. Mac Cann dice: "en la manera de ser general", pero más exacto sería en las *nuevas perspectivas del trabajo; de los medios para crear las condiciones de vida; en el abandono de lo estrictamente pastoril por el desarrollo de pequeñas industrias y pequeños cultivos*. El mismo autor sugiere eso a continuación, vinculándolo a la situación económica de los individuos. Dice: "que no se ha formado todavía en el país una clase media: los propietarios de campos, dueños de grandes cantidades de vacas y ovejas, forman una clase; los peones y pastores forman otra, pero los inmigrantes empiezan a for-

(4) WILLIAM MAC CANN, "Viaje a caballo". 1847. Ed. 1945., Pág. 132-133.

mar una clase inmediata de pequeños propietarios de ganados, semejantes a nuestros "yeomen".

De modo que si tuviésemos que poner orden en el pensamiento del viajero inglés, correspondería decir que la vestimenta europea aparece en el campo, allí donde hay cambios determinados por la formación de pequeños propietarios que comienzan a formar la clase que modifica "la manera de ser general". Este prolegómeno de la formación de una nueva clase ya apunta sugerencias de más vastos alcances para los años subsiguientes.

Si la observación del viajero en materia de vestidos es apenas incidental, más tarde, la vestimenta europea no sólo concitará atención zahiriente de los pobladores argentinos del campo, sino que ha de crear un estado de tipicismo transitorio, vale decir, de cierta uniformidad y permanencia, lo suficientemente hondo en su influencia como para trascender entre los pobladores criollos.

El vestido europeo tiene en el campo casi fuerza de irrupción que desnivela bruscamente las costumbres en ese aspecto. No otra cosa se deduce de la prudente recomendación que se hace a las mujeres inmigrantes: "las mujeres traigan sombreros de *paja a la berbere*. Si las valaisanas quieren ahorrarse burlas en el camino y en casi todas partes, ellas pondrán a un lado (no quiere decir sobre una oreja) su sombrero a la valaisane" (5).

Pero uno que otro detalle, no alteraba la diferencia de los vestidos, tanto de los hombres como de las mujeres. Y si los individuos aislados no hubiesen podido resistir la imposición del "indumento nacional", por obra del ambiente, la agrupación en colonias les permitió sostenerse en el uso de los trajes europeos sin que el contacto burlesco de los nativos fuese permanente y cercano.

(5) MANUEL MACCHI, "Urquiza colonizador", Ed. 1948, Pág. 83, carta del presbítero Cot).

Desde luego que no era cuestión de diferenciarse sino de utilizar por parte de los colonos lo que habían traído que era lo que les resultaba adecuado aun fuera de Europa. El ambiente que creaban con su trabajo —que también fué una forma de irrumpir en la pampa con la agricultura— no le exigía un cambio fundamental de su vestimenta. Entraron con todo lo que era propio de ellos, y gravitaron hasta por su exterioridad, que atraía la atención también de aquellos que no tenían porqué hacer mayor hincapié en los trajes para que resaltase el índice de diferenciación de los nuevos pobladores. “Se les reconocía —dice D’Amicis— por los trajes; llevaban aquellas chaquetas de terciopelo negro, aquellos anchos sombreros, aquellos pañuelos a la cabeza...”

El sol del chiripá argentino se ponía irremediadamente, en forma simultánea con la época de la subdivisión de la tierra donde se creaban colonias de agricultores. El cambio de vestido, pues, no transparentaba costumbres, sino un fenómeno social, de profundas consecuencias para la nación, que en definitiva daría validez a la aseveración de Sarmiento, “mientras haya chiripá, no habrá ciudadanos”, que, de apariencia formal, tenía, no obstante, significación de fondo...

III) CARRETAS Y CARROS

En 1855, Ricardo Foster solicitaba del gobierno seis carretas para realizar los trabajos preliminares de la colonia Esperanza (6) y con ese mismo tipo de carruaje se transportaron colonos hacia las tierras destinadas a la agricultura. Dos años después, será un vehículo que comenzará a sufrir las consecuencias de la transformación en la vida del campo. Carruaje del desierto y de las travesías prolongadas entra en la declinación a que están condenadas las más típicas costumbres al parcelarse los campos, al cultivárselos, al crearse con-

(6) Nota al Oficial Segundo de Gobierno, señor Genero Lassaga. 1 de setiembre de 1855. Archivo de Gobierno. Tomo 14. Notas varias. Santa Fe.

diciones que exigen otros medios para transportar gente y productos.

José Luis Busaniche dice que —1880— “acusábase ligeramente de *bárbaro* a todo lo auténtico y enraigado en la tierra vernácula” (7). Mucho antes ya se había extendido en una gran parte del pueblo argentino esta ligereza en la valoración de lo autóctono, porque en pleno período de construcciones materiales, toda defensa de las formas de un presente de imposible paralelo con los adelantos del siglo, pudo ser sospechada de retrógrada. No estaba, por lo demás, en la posibilidad de los hombres dirigentes ni del pueblo evitar la destrucción de las maneras tradicionales de vivir, cuya evolución escapa al poder de los que gobiernan ya que está determinada por factores del conjunto social.

Reaccionar en el siglo pasado contra la inmigración y la colonización, por lo que destruiría de lo tradicional en el país, significaba poco menos que ocurrírsele hoy a alguien oponerse a que se establezcan líneas de servicios aéreos con redes profusas en cada provincia en nombre de una cultura propia... Las típicas costumbres creadas en torno al transporte con carretas estaban en plena vigencia cuando llegaron y se establecieron inmigrantes en la campaña. En documentos de las más importantes empresas, en sus comienzos, encuéntrase referencias múltiples vinculadas al uso de ellas. En 1857 manifiesta Vicente Montero a Carlos Ugarteche, encargado del establecimiento mercantil de Urquiza que había dispuesto de las carretas para enviar provisiones por haber llegado ya los colonos (8).

Carretas aguardaron en el Paso Santo Tomé a los inmigrantes que en 1859 llegaron para San Carlos. Pero dos años antes ya los colonos, que traían de Europa conceptos distintos sobre transporte, de mayor eficacia, habían construido los

(7) Nota preliminar en “Memorias de un viejo”, de Víctor Gálvez, (José V. Quesada). Edición Solar, Buenos Aires, 1942, Pág. X. Subrayado en el texto.

(8) MANUEL MACCHI, ob. citada, página 48.

primeros carros campesinos. Calixto Brillard, un hombre humilde del pueblo, solicitó en 1857 al gobierno de Santa Fe permiso para instalarse en el río Salado con una chata para cruzar "los carruajecitos de los referidos colonos". Eran carros de pequeña caja, de dos ruedas macizas, y posiblemente con eje de quebracho o ñandubay. En febrero de 1860 en el diario de la colonia San Carlos, anotó Vollenweider: "Cinco carros van a Maciel en busca de víveres". De modo que el desarrollo de una forma distinta de transporte se inicia apenas comienza a poblarse el campo y a ararse por inmigrantes y aunque el uso de carretas se prolonga aún por muchos años, su desaparición en las zonas cultivadas fué rápida. La vida social de los campesinos agricultores tuvo por escenario la reducida distancia de algunas leguas y la brevedad del trayecto que debían recorrer para llegar a poblados y a concesiones vecinas, hizo más practicable el abandono de tan pesado armatoste, ya que el suelo mismo no ofrecía, por la construcción de caminos, los inconvenientes de barriales que sólo la elevación de los ejes de las carretas permitía atravesar. El comercio activo y el transporte de cereales impusieron también la modalidad de los viajes más rápidos, sin necesidad de recurrir a galeras o diligencias en todos los casos. Ya no era el desierto lo que debía atravesarse para llegar de una a otra villa, ni el peligro de ataques de indios exigía la prevención de ir con productos en caravanas para hacer más eficaz la defensa. La construcción de carros fué favorecida por todas las nuevas circunstancias, con la ventaja de que entre los colonos vinieron hombres de profesiones diversas. Herreros y carpinteros levantaron sus galpones en medio de las chacras y poseían elementos para construir carruajes y máquinas agrícolas según sus experiencias europeas. A lo típico de la carreta criolla siguió lo típico de carros creados por los campesinos. Dice Carlos Beck en su libro sobre la Confederación, 1865 "uno ve circular allí jinetes de todo sexo y edad, así como los carros de aldeanos, al estilo suizo, con caballos engan-

chados por el collar" (9). Y Vicente Quesada en "Memorias de un viejo" dirá "He vuelto muchos años después para encontrar a aquella ciudad (Santa Fe) en el camino del movimiento comercial activo. Las colonias vecinas le han inoculado nueva sangre, y en sus calles se ven carretas y carros de las formas características a la nacionalidad originaria de cada agrupación de colonos".

Esos elementos bastarían para determinar el origen tradicional de los carros en los campos labrados, cuyo empleo se extendió por el país como una forma avanzada de suplir carruajes de legendario uso, pero menos eficaces para un agricultor. La carreta fué el vehículo del desierto; el carro, de los campos subdivididos y algunos de ellos sólo se destinaban a los trabajos de acarreo dentro de un mismo terreno en época de cortes y de trilla de cereales. El antiguo procedimiento criollo para llevar las gavillas de trigo desde donde eran cortadas, consistía en arrastrar un cuero de vaca acondicionado para ese empleo, por medio de caballo. No desdeñaron esta costumbre algunos colonos (10), pero cuando la prosperidad permitió que algunos carros especiales de honda caja, permanecieran fuera de uso de año en año, arrinconados en los galpones hasta la nueva cosecha, el hombre campesino se proveyó de ellos y liquidó definitivamente el procedimiento cuya rusticidad armonizaba con la escasa dimensión de los antiguos sembrados y con la pobreza que era característica del criollo agricultor.

A los carros se adaptaron todas las conquistas de la técnica de herreros y carpinteros hasta lograr las suspensiones con resortes de acero y líneas más o menos elegantes. El hombre que se servía de ellos no formó sus conocimientos de las tradiciones campesinas, en ese orden, como formáronlo aquellos guidores y peones de carretas que atravesaban la pampa y las regiones montañosas para llegar atropados a las ciudades

(9) Cita del P. Grenon en "La ciudad de Esperanza", Córdoba, 1947, Pág. 80.

(10) A. PEYRET, Obra citada. Tomo II, Pág. 168.

o a las estancias. No conocía tampoco por experiencia propia esa tácita organización de la caravana con el jefe respetado más que por serlo, por su hombría impuesta a veces a punta de facón, de que han dejado constancia algunos cronistas. Todo ello no formó parte de la vida del colono inmigrante.

Si la carreta fué vehículo adecuado a la defensa armada contra el indio en años de peligros, el carro es de una época más pacífica y su utilidad no trasciende más allá de lo que han menester las faenas agrícolas, y el traslado por tierra sin ataques de malones. Todas las sugerencias del carro concurren a precisar elementos de un nuevo tipo de vida que se sobrepuso a otro y a abonar el concepto que ha de integrar la apreciación del hombre que hoy, sin carecer, por supuesto, de tradiciones aborígenes, conserva otras que nos vienen desde los campos labrados por inmigrantes.

GASTON GORI

